

# Los amantes de Hlong Kong

## CITLALI FERRER

Conozco a Roberto Reyes desde hace muchos años, he podido disfrutar de sus mini ficciones cargadas de ingenio y de su trabajo como poeta también. Hemos coincidido en algunos encuentros de escritores, sí, en esos en los que suele hablarse de todo, menos de literatura, pero, qué tal corren los tragos y abundan los personajes complejos y retorcidos idóneos para una nueva historia. La última vez que nos vimos, fue en el ascenso al Nevado de Toluca y lo hicimos caminando, carajo, mientras yo me iba deteniendo porque el corazón literalmente se me quería salir del pecho y pensaba que en cualquier momento me infartaría, un hombre, que vestía ropa deportiva demasiado ligera para el frío que ahí se sentía, me rebasó a paso apretado y sí, era nada menos que Roberto Reyes, quien iba sin detenerse, sin necesidad de recuperar el aliento. Yo, llegué con mucha dificultad hasta la cima, mientras él ya había bajado a las lagunas para luego de nueva cuenta subir y volver a bajar. Para entonces, mientras yo observaba el paisaje desde la cumbre: el Valle de México, el Pico de Orizaba y trataba de recuperarme, el



Antonio Ledesma

clima inclemente empezó a congelarme el dedo medio de una mano y Roberto, que para los que ya lo conocen, bien saben que acostumbra tener todo bajo control, sacó de una de las bolsas de sus pants una maravillosa anforita con Tequila y me invitó un poco, gracias a eso no quedé con la mano de cuernos y puedo seguir tecleando en mi computadora. Se preguntarán por qué les cuento todo esto, pues, básicamente porque pienso que como dijo un amigo: "Subir montañas hermana hombres" Y la literatura, también suele hacerlo. Además, el oficio de escritor se asemeja mucho a la aventura del alpinista. Se camina con dificultad, se sufre pero se goza, te duele, pero acaba por gustarte y lo peor, después de comenzar es difícil poder desertar. De ese viaje regresé, sola, sola, todos con amante y yo ni con perro que me ladre. Tal vez por eso, Roberto, me obsequió su novela y así volví a mi casa con Los amantes de Hong Kong en mi mochila. Una cuidada edición del grupo Resistencia. Y tiempo después, pude ingresar al universo que Roberto Reyes ahí nos ofrece. La novela corre de principio a fin, no a la vieja usanza del siglo XIX, en la que la descripción detallada de ambientes y personajes cobra importancia, ni con monólogos internos en los que se pretende alcanzar en tiempo real la construcción de ideas o psiques de los personajes, sino a partir de una ingeniería estilística sobria y sin demasiadas complicaciones. Es una novela triller en la que Roberto Reyes se vale no sólo de su imaginación sino también de todo aquello que parece conocer muy bien. Las vicisitudes de Harry McPhalo y su contrato con un demonio que al grito de: ¡Tamales Oaxaqueños! nos remitirá a los caños que aunque en letrina de oro también suelen apestar. Se trata de un curioso divertimento, en donde reina lo jocoso, Roberto Reyes en Los amantes de Hong Kong se vale de lo pintoresco y también de lo absurdo. Es evidente que el autor se divirtió al elaborar su narración. Dando la impresión de ser una novela para entretener al lector y a pesar de las abundantes ocurrencias, Roberto Reyes logra desgranar

una realidad descarnada en donde no hay escrúpulos ni límites y los más truculentos arreglos entre sus personajes suelen pactarse como si se tratase de cualquier nimiedad. No se trata de coincidencias con la historia actual de nuestro México lindo y lejos de la mano de Dios. Es además una historia donde gana el amor, pero si el amor no existe, bueno, en Los amantes de Hong Kong sí existe y es lo que colma al lector después de tantas peripecias narradas en breves capítulos que fluyen sin dificultad. Sorprende el buen humor con el que Roberto Reyes va desarrollando su novela, entre nuestros escritores mexicanos vivos, son pocos los que se valen de éste para contar sus historias. Al leer Los amantes de Hong Kong, tuve que recordar a Raúl Zetina y Gonzalo Martré, quienes probablemente pertenecen a la misma generación que Roberto Reyes y cuentan con novelas en donde de la misma manera sobresale el buen humor. Aunque también, encontré referencias con la estética iconoclasta de Juan Oról y una estrecha relación con El Fausto de Goethe, símbolo del afán por el conocimiento y el poder. Ya que Fausto a pesar de pactar con Mefistófeles nunca rechaza a Dios, con el que se identifica plenamente y al que ve en la naturaleza y en el espíritu de la tierra. Quizá esta relación estriba en el andamiaje de Los amantes de Hong Kong. Por otro lado, pareciera que en la literatura mexicana actual, aquella característica de nuestro pueblo de reírse de todo, se ha ido debilitando, será que nos hemos ido envileciendo con tanta tragedia nacional, quién sabe, pero da la impresión de que la mayoría de los autores se han instalado más en la solemnidad, y en el oficio de joyeros de la filigrana literaria, en el que se escribe toda una vida el mismo libro, se va tras las mismas obsesiones tratando de conseguir que cada frase lleve una dirección definida, profunda y enigmática. Sin embargo, también existe una estirpe de narradores, libres de culpa, que lanzan sus piedras sin clemencia y escriben para contar, simplemente con esa intención: contar. Creo que Roberto Reyes encaja en esta

última, ya que no pretende crear un efecto estilístico, llamadamente y ufano cuenta su historia, sin temor de que la A.F.I. arremeta en su contra, así, revela: una sarta de verdades que constituyen la condición de sus personajes y también retratan la realidad política de nuestro país. Dice Gabriel García Márquez: "Escribir libros es un oficio suicida. Ninguno exige tanto tiempo, tanto trabajo, tanta consagración en relación con los beneficios inmediatos" fin de la cita. El quehacer literario es un oficio que requiere de mucha disciplina, escribir una novela es construir un mundo, desde esta óptica puedo decir que los amantes de Hong Kong transitan en uno

parecido al del comic de los cincuenta y que quizá más allá de un divertimento es un retrato hiper realista del México actual. Eso sí, advierto, si se es un amargado o un culterano empedernido, absténgase de leer esta novela pero si se está de acuerdo con aquello que dijo Bashevis Singer: "La literatura es como el sexo. Si a un hombre le dicen: Tienes que satisfacerme, debes provocarme seis orgasmos. Él kaput. Si la pareja se relaja y se ama, todo saldrá bien". Termina la cita. En fin habrá que esperar los futuros trabajos, de Roberto Reyes, quien seguro tiene mucho más que contarnos. En hora buena y felicidades, ah, señor, una pregunta: ¿Ahora no trajo usted su anforita?



Del Prado